

## EL CENÁCULO DEL BEATO RAMÓN LULL<sup>1</sup>.

Trasladémonos a la segunda mitad del s. XIII. El mote «Omnia Cisterciensium erant» parece una plena realidad<sup>2</sup>. Setecientas abadías están diseminadas por toda la Europa, desde Noruega a Sicilia, desde Portugal a la Siria; los reyes y emperadores porfían en construir en sus dominios monasterios cistercienses; las dignidades eclesiásticas, cardenalatos, obispados y hasta el mismo sumo pontificado frecuentemente son confiados a los ejemplares hijos de S. Bernardo, en tal grado, que, aunque con no poca hipérbole, corrió entre historiadores la frase, «Si Benedictus non fuisset, Petrus mendicasset»<sup>3</sup>.

La austeridad e intensa espiritualidad que se destaca en sus edificios, organización, arte, trabajo, canto, etc. frente al fausto cluniacense, fué el secreto del admirable desarrollo del Císter en todo el mundo<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Leímos este trabajo en el ciclo de lecciones lulianas, organizado en Palma de Mallorca por los Rdos. Padres Terciarios Regulares de S. Francisco. La Comisión nos suplicó una conferencia de vulgarización luliana; nuestra propensión ha sido siempre cooperar con personales investigaciones al progreso de la ciencia. Intentamos conseguir estos dos objetivos con el presente estudio.

Seremos algo difusos en las notas con el fin de responder a los reparos que opuso a nuestra conferencia un eminente lulista («Almudaina», 12 febrero, 1942).

<sup>2</sup> Para la historia general de la Orden, cfr.: *Breve storia dell'ordine cisterciense per un monaco di Thymadeuc* (Roma, Desclée). Es la obra que nos aconsejó como la mejor el Secretario general de la Orden cisterciense, voz: *Cistercienses* en *Enciclopedia Universal ilustrada Espasa*, vol. XIII, p. 492.

Para la historia particular del monasterio de La Real, cfr.: G. SEGÚI, M.SS.CC., *Fuentes literarias y monumentales de la historia del Monasterio de Santa María de La Real* «Boletín de la Sociedad arqueológica luliana» Segunda época, 27 (1940) 90-102; G. MUNAR, *El Monestir de Sta. Maria de La Real «Lluch»* 15 (1935) 195-98, 267-275; G. SEGÚI, *El Monasterio de la Real en sus siete siglos de existencia «Lluch»* 10 (1940) 81, 45, 70 y 97.—Se conservan en el archivo actual del monasterio dos monografías sobre el mismo, una compuesta por el abad Pascual en 1788 por orden del abad Seguí, la otra es una continuación de las anteriores, se extiende hasta el año 1885, y se debe al monje cisterciense P. Amorós.

<sup>3</sup> Inscripción colocada sobre el dintel del ingreso al monasterio de La Real con la indicación: *Ioan. Ilaz., tom. 2.*

<sup>4</sup> E. CAMPS, *El arte románico en España* (Barcelona, 1935) «Pro Ecclesia et Patria, v. 5», p. 169 ss.; MARQUÉS DE LOZOYA, *El arte gótico en España* (Barcelona 1935), en la misma colección, v. 4, p. 5 ss.

Nuestra isla no pudo sustraerse al influjo sorprendente de la nueva reforma benedictina. A pocas millas de Palma levantóse una abadía de los monjes blancos, con todas las características inconfundibles de sus numerosos conventos, la cual ejerció durante su edad de oro, que fué la de su orden, una poderosa influencia en el reino de Mallorca, especialmente en la famosa corte de Jaime II y en su celeberrimo senescal Ramón Lull, para cuya apostólica vida vino a ser dicha abadía un fecundo cenáculo.

Este último concepto vamos a desarrollar en el presente estudio. Describiremos en la primera parte el monasterio de Santa María de La Real con las noticias que nos proporcionan, ya su disperso archivo, ya particularmente el famoso Blanquerna; en la segunda expondremos el notable influjo, que ejerció la abadía regalense en la vida de nuestro iluminado Doctor.

## I. DESCRIPCIÓN DEL MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE LA REAL

### 1. Descripción través de los documentos históricos

Al norte de la «Ciutat de Maylorques» a tres millas de la misma y no lejos del campo, donde estableciera Jaime I su campamento en el mes de septiembre del año 1229, había un extenso bosque, atravesado por una acequia o riachuelo, que saliendo caudaloso en la alquería de Canet, recorría la dilatada campiña que lo separaba de la capital, y aprovechando las diferencias de terreno ponía en movimiento treinta y dos molinos, hasta llegar al huerto del palacio de la Almudaina<sup>5</sup>.

Una extensa porción del mencionado bosque, que confinaba con la carretera de Esporlas, con el antedicho riachuelo, con el jardín del rey sarraceno y con la alquería de Son Berga, fué donada por Berenguer de Moncada a los monjes del Císter, en memoria de sus parientes Bernardo y Guillermo de Moncada,<sup>6</sup> caídos en el primer combate de la reconquista de Mallorca, y enterrados en aquellas inmediaciones, y a fin de que los hijos de S. Bernardo construyeran un edificio definitivo para su monasterio, que con carácter interino había ocupado la alquería de Sa

<sup>5</sup> J. M. QUADRADO, *Historia de la conquista de Mallorca* (Palma 1850) p. 522-524.

<sup>6</sup> Expusimos brevemente nuestra opinión sobre el particular en los artículos de «Lluch» 20 (1940).

Granja (Esporlas) y el palacio del jardín-huerto del rey sarraceno.

Pronto apareció la silueta de la abadía de La Real con todas las características cistercienses<sup>7</sup>. Al lado izquierdo de la acequia de Canet y sobre una ligera prominencia, que ofrecía el terreno, echaron los mismos monjes los cimientos de un claustro. Surgió al lado sur una humilde iglesia de arcos apuntados y de tres naves, altar con sus clásicas columnas, ornamentación muy sobria. Al lado opuesto se instalaron el refectorio, la cocina y el «calefactorium». Al este se construyó el «çeller» y, en frente del mismo, la biblioteca y la sala capitular. Junto al ingreso de la iglesia abacial levantóse el «hospitium» o albergue para pobres y peregrinos.

El 13 de Septiembre de los años 1260-66<sup>8</sup>, aniversario de la gloriosa muerte de los Moncadas, el abad presidió una histórica procesión compuesta de trece monjes y otros tantos frailes legos, los cuales, precedidos de una cruz de madera y acompañados de las autoridades, se dirigían solemnemente desde la sede provisional, «Regale vetus», Alcasser de D. Nuño y huerto del rey Sarraceno, a la nueva fábrica, «Regale novum». Hízose el ingreso a la iglesia abacial y después de haber saludado a la Patrona del monasterio, «Sancta María de Regali», inicióse la vida regular cisterciense en aquella casa. Siete veces al día se reunían en la iglesia para el canto del oficio divino, y después de conceder al cuerpo morigerado descanso y una frugal comida, dedicábanse, ya a la transcripción de códices y estudio de las ciencias, ya al cultivo de sus campos, ya en fin, a atender a los enfermos y peregrinos que acudían al monasterio<sup>9</sup>.

Los gastos de la construcción del monasterio y de la manutención de la comunidad eran cubiertos por los réditos de los numerosos bienes, que habían donado generosamente al convento Nuño Sans y su escudero, Alemán de Sodova, consistentes en el dominio feudal de las alquerías de Deyá, de la Granja, y Alcasser de Esporlas, de Benimahab de Porreras, de S. Lorenzo (entre Buñola y Son Sardina), del «viridarium Rial» o antiguo huerto del rey sarraceno con el molino adjunto, de las aguas de Canet,

<sup>7</sup> *Breve storia...* p. 104; MARQUÉS DE LOZOYA, *El arte gótico...* p. 13.

<sup>8</sup> G. SEGÚI, *El Monasterio...* «Lluch» 20 (1940) 93.

<sup>9</sup> B. FERRÁ, *Monastir de La Real. Ordinacions pera el regimen interior del convent estatuides per l'Abad Don Fr. Pere Mayans, 8 de Abril de 1618* «Boletín de la Sociedad arqueológica lulliana» 9 (1901-1902) 139-142, 158-160 y 171-173.

Buñolí y Puigpunyent con sus numerosos molinos. Como señor feudal, el abad tenía su curia y correspondientes oficiales, notario y escribanos. Varias de estas alquerías las cuidaban directamente los monjes mediante los «fratres conversi granjarii».

Uno de los elementos principales de la vida cisterciense eran las reuniones cotidianas en la sala capitular,<sup>10</sup> en las que el abad, ora pedía el parecer o el voto de sus monjes en lo tocante a la administración de los bienes, admisión de monjes, etc., ora hacía una exposición de la Sda. Escritura, alguna de cuyas homilías se han hecho célebres, como las de S. Bernardo sobre el «Missus est»; ora corregía a los monjes las infracciones de las «consuetudines» o defectos en general. Poseemos las actas de las reuniones tenidas en la sala capitular de La Real a partir de mediados del s. XVII.

Las características inconfundibles de la orden del Císter a base de una sobrenatural austeridad, que espiritualizaba hasta lo material, brillaban en el cenobio regalense; así encontramos en sus moradores una tierna y profunda devoción a María Santísima, cual la sintió y profesó su padre S. Bernardo; un intenso trabajo agrícola, que convirtió en amenos huertos extensos matorrales; un moderado cultivo de las ciencias, y por fin una rígida pobreza en la vida común y hasta en la construcción del edificio del monasterio, con perjuicios de la forma artística.

## 2. Descripción a través del «Libre de Blanquerna»

Séanos ahora permitido añadir a estos lacónicos y fundamentales datos sobre el monasterio de La Real otros nuevos pilares, que en abundancia hemos hallado en la inesperada cantera de una de las más famosas obras lulianas, «Libre de Blanquerna» para reconstruir así la gloriosa abadía regalense<sup>11</sup>.

El iluminado Doctor, en la primera parte de su célebre obra, recorre en cinco libros todos los estamentos sociales, conyugal,

<sup>10</sup> *Libre de los decretos del Mt. Ille. Señor Abad y Sta. Comunidad de La Real*. Desde 1641 a 1884. Estos libros de las actas capitulares se conservan en el archivo de la curia diocesana de Mallorca.

<sup>11</sup> Para las ediciones de «Blanquerna», cfr.: ELIES ROSENT i ESTANISLAU ROSENT, *Bibliografía de les impressions lul·lianes* (Barcelona, 1927) p. 392. Para las citas nos serviremos de la edición: *Libre de Blanquerna... transcripció directa... dels més vells manuscrits per Moss. Salvador Galmés i En Miquel Ferrá* (Palma de Mallorca, 1914) «Obres originals del Il·luminat Doctor Mestre Ramón Lull», vol. 9.

religioso, episcopal, pontificio y eremítico, «flagelando sus vicios y clamando por la virtud, con el fin de enderezar a todos los hombres hacia la salvación y por la salvación a Dios». Blanquerna es «la obra de un teórico, que después de haber investigado, estudiado y discutido los hechos experimentales o históricos, crea un modelo de estamentos con el cual se pueden comparar los existentes, calculando el bien y el mal que encierran<sup>12</sup>».

Estas frases de un ferviente y erudito lulista moderno creíamos, en nuestro humilde entender, que eran fruto de un entusiasmo patriótico más bien que el de una madura y serena reflexión, pero personalmente hemos podido comprobar que correspondían a la pura verdad, al leer detenidamente, a la luz de los documentos coetáneos, cuanto dice el beato Ramón sobre el estado religioso en su libro segundo de Blanquerna.

Con motivo de las fiestas centenarias de la fundación del Monasterio de Santa María de La Real intentamos escudriñar con filial amor, en la vida íntima de su comunidad monacal, las causas de su azarosa existencia siete veces secular. Para ello examinamos ponderadamente el pasado de toda la orden cisterciense en la mejor historia, que nos procuró el Secretario General de la misma. Luego como cuidadosa abeja, entresacamos del polvoriento y apollado libro de las actas, arriba mencionado, numerosas noticias de la historia íntima del cenobio regalense, que luego completamos con los datos encontrados en el disperso archivo del monasterio, y por fin, a la luz de todos estos documentos, leímos las detalladas y completas ordenaciones, que estableciera el abad Mayans, en 1618, para el buen orden de la comunidad de La Real. Con tan abundantes datos pudimos reconstruir la vida de nuestro monasterio en el pasado y establecer las bases de su historia genética.

Con no poca admiración constatamos luego, que la íntima y auténtica historia del cenobio regalense correspondía fielmente a la descripción minuciosa que hace Ramón Lull en su Blanquerna de una abadía «molt honrada» y con agradable sorpresa echamos de ver que en las imaginarias adiciones a la realidad descrita, proponía nuestro genial Doctor el remedio a las crónicas dolien-

<sup>12</sup> F. SUREDA BLANES, *El beato Ramón Lull... Su época, su vida, sus obras, sus empresas* (Madrid, 1981) p. 226.

cias de la vida poco floreciente, que llevó nuestro monasterio, como toda su Orden, en la época de decadencia<sup>13</sup>.

Para completar, pues, la somera descripción de la abadía de La Real, que hicimos arriba, y arrojar asimismo algunos rayos de luz sobre la producción lulliana, transcribiremos esquemáticamente el resultado de nuestras investigaciones con 245 testimonios entresacados de Blanquerna y que a nuestro juicio se refieren al monasterio regalense<sup>14</sup>.

La religión, de que habla en todo el libro segundo, es sin duda la cisterciense, pues dice que es orden «que está bajo el título e invocación de la Virgen María», una orden «que es de María Santísima y está bajo su protección» y sus miembros «sirven ordenadamente a Nuestra Señora»<sup>15</sup>.

El Monasterio de esta orden mariana está situado junto o dentro un bosque<sup>16</sup>, posee muchas granjas<sup>17</sup>, una de las cuales está situada en paraje muy ameno<sup>18</sup>, cuyo camino de acceso atraviesa un espeso bosque y bordea una cristalina fuente<sup>19</sup>, y en cuyas inmediaciones hay un lugar donde se caza con halcones<sup>20</sup>. En

<sup>13</sup> Cfr. el parecer del eminente lullista: A. B. PASCUAL, *Vindiciae lullianae...* vol. I (Avión, 1778) p. 9: «Hic (en La Real) denique, beatissima Virgo, Cisterciensium vivendi formam attentius observabat Raymundus, et apud instar mel ex flore sugentis ac construendis favum, eam (de statu religioso disserens) ita ascectice in suo libro Blanquerna descripsit, ut omnes ad pietatis semitam provocaret; cui et sub abbatis interloquentis nomine inestimabilem codicem illum de Ave-Maria, totum tuis laudibus mirabiliter refertum inseruit ac vulgavit».

Para fijar la época de decadencia seguimos las divisiones generales de la historia cisterciense y de La Real: edad de formación (1018-1184), de oro (1184-1342), de decadencia (1342-1790) y de restauración (1790) (Cfr. *Ist. breve e Historia Mss.* P. Pascual).

<sup>14</sup> Ante la imposibilidad de indicar en las notas todos los documentos para establecer el parangón, nos contentaremos en proponer los que están al alcance de nuestros lectores; la sigla *B.* se refiere al libro Blanquerna; *Ist.* a la *Breve Storia* del Cister, de que se hizo mención en la nota 1; y la *R.* a las ordenaciones del abad Mayans (nota 9).

<sup>15</sup> *B.*, c. 61, p. 210; c. 63, 64, p. 221; c. 64, 8, p. 226. — El Cap. Gen. del Cister de 1184 determinó: que todos los monasterios estuviesen consagrados: «Caeli et terrae Reginae S. Mariae» (cfr. Prólogo de la historia de Poblet del P. Finestres). — Léase el prólogo del vol. I de las *Vindiciae Lullianae* del P. Pascual, donde la presenta como «Patrona et Domina» de La Real, cuyo monasterio considera como «domus tua».

<sup>16</sup> *B.*, p. 176 y 177; artículos del P. MUNAR y del P. SEGÚI en «Lluch» (nota 2).

<sup>17</sup> *B.*, p. 196; idem.

<sup>18</sup> *B.*, p. 205 y 207; idem.

<sup>19</sup> *B.*, p. 223; idem.

<sup>20</sup> *B.*, p. 196; Documento de Jaime II al devolver Miramar a La Real (*Vindiciae lullianae*, tom. I).

esta deliciosa granja pasaba el abad sus temporadas de reposo<sup>21</sup>. Visítese desde Valldemosa el encantador predio de Ca l'Abat (Deyá) y se verá en las anteriores frases una fiel descripción del mismo.

La iglesia de este Monasterio no era muy suntuosa<sup>22</sup>, con el altar principal dedicado a María Santísima.<sup>23</sup>, y una sencilla espadaña<sup>24</sup> cuya «esquella» reunía los monjes en el templo.

La comunidad de esta abadía estaba compuesta del abad, monjes y frailes legos; sus ocupaciones eran las que hemos descrito como propias de la orden cisterciense.

El abad estaba consagrado a la ordenación de asuntos temporales (vida activa), la cual era grave obstáculo para su unión con Dios, que ansiaba ardientemente<sup>25</sup>; su cargo era vitalicio<sup>26</sup>; era consejero real, muy limosnero y hospitalario con los pobres y peregrinos<sup>27</sup>; recorría las granjas<sup>28</sup>, exponía la Sda. Escritura a los monjes en las reuniones capitulares<sup>29</sup>; el nivel de su ciencia no era muy elevado, pues no sabía decir sus sermones en latín<sup>30</sup>.

Los monjes, a cuyo colegio da el nombre de convento<sup>31</sup>, guardaban silencio absoluto dentro del monasterio<sup>32</sup>, comían legumbres, bebían vino pasado y agrio, llevaban largos hábitos, dos capuchos y calzados muy toscos<sup>33</sup>; se levantaban a media noche para cantar maitines<sup>34</sup>, celebrando seguidamente el P. Sacristán misa cantada sin asistencia de ministros<sup>35</sup>. Se reunían cada día en la sala capitular, bien para oír los sermones homiléticos del P. Abad<sup>36</sup>, bien para recibir fraternales amonestaciones sobre su

<sup>21</sup> B., p. 196; p. 205 ss; p. 223.

<sup>22</sup> B., p. 158; MARQUÉS DE LOZOYA, *El arte gótico...*, p. 11, y el edificio de la iglesia abacial de La Real.

<sup>23</sup> B., p. 202; nota 15 del presente artículo.

<sup>24</sup> B., p. 177; p. 202; se conservó la espadaña de la antigua iglesia hasta fines del siglo pasado.

<sup>25</sup> B., saepe, p. 208 y 209; p. 205; p. 196 ss.

<sup>26</sup> B., p. 205.

<sup>27</sup> B., p. 192 ss.; *Ist.* 87-89 ss; y «Leges Palatinae» de Jaime II.

<sup>28</sup> B., p. 196 ss.

<sup>29</sup> B., 181 (Cfr. Homilias de S. Bernardo).

<sup>30</sup> B., saepe, así p. 192; Monografía del P. Pascual (cfr. nota 2).

<sup>31</sup> B., saepe p. 186.

<sup>32</sup> B., p. 211; *R.*, p. 142.

<sup>33</sup> B., p. 199; *R.*, p. 188.

<sup>34</sup> B., p. 177; p. 188; p. 199; p. 202; *R.*, p. 141; *Ist.* p. 79.

<sup>35</sup> B., p. 202 y 203; *Ist.* p. 82 y 83.

<sup>36</sup> B., p. 181.

conducta<sup>37</sup>, bien para intervenir en el gobierno del monasterio<sup>38</sup>, eligiendo el abad<sup>39</sup>, admitiendo los pretendientes a la cogulla<sup>40</sup>, dando su parecer y voto en los asuntos y negocios de la comunidad<sup>41</sup>. Además, entre los monjes el cultivo de la ciencia no era muy intenso. Clases de estudios generales, no se daban en su convento; por esto los que se consagraban a la ciencia se trasladaban a Montpellier, asistiendo a las lecciones públicas de una Universidad en la que prevalentemente se enseñaba medicina y derecho<sup>42</sup>.

Los cargos principales de los monjes eran los de Prior<sup>43</sup>, Bolsero<sup>44</sup>, P. Sacristán<sup>45</sup> y el P. Aposentador<sup>46</sup>. Las obligaciones de los tres primeros están minuciosamente descritas en Blanquerna.

Los frailes legos (no eran monjes) estaban consagrados al trabajo principalmente agrícola y al cuidado de las granjas<sup>47</sup>.

Además, Ramón Lull insinúa con acierto genial el remedio a los puntos flacos de la orden del Cister, adelantándose varios siglos a resoluciones, que, para evitar la decadencia, tomaron más tarde la Sta. Sede y los Capítulos generales.

El carácter vitalicio de la dignidad abacial acarreó no pocos males. Propone nuestro beato que el abad, al no sentirse en fuerzas por sus achaques para cumplir sus deberes, renuncie a su cargo y la comunidad a su vez le conceda un honroso retiro en alguna granja<sup>48</sup>.

El voto deliberativo de todos los monjes en la elección del abad era el fundamento de muchas y profundas divisiones. Indica el iluminado Doctor que elijan a dicho sujeto siete monjes delegados por la comunidad<sup>49</sup>.

En los principios de la orden cisterciense, como también en su edad de oro, reinaba en el seno de la misma, prevención con-

<sup>37</sup> B., p. 198, 199-201.

<sup>38-39</sup> B., p. 205 y ss.

<sup>40</sup> B., p. 186 y 188.

<sup>41</sup> B., p. 188-190; p. 210; p. 220; p. 232.

<sup>42</sup> B., p. 189 ss; p. 193-94; *Ist.*, p. 101.

<sup>43</sup> B., saepe, en los cap. 52-66.

<sup>44</sup> B., saepe, en los cap. 52-66; *R.*, p. 187.

<sup>45</sup> B., p. 184; p. 201 ss; *R.*, p. 172.

<sup>46</sup> B., p. 161.

<sup>47</sup> B., p. 214 ss; p. 220 ss.; *Ist.*, p. 98.

<sup>48</sup> B., p. 205; en el s. XVII se instituyeron los abades cuadrianales,

<sup>49</sup> B., p. 205 ss.



tra la intensa cultura eclesiástica, temiendo resultase ésta en detrimento de las virtudes monásticas. Había, no obstante, en cada monasterio una escuela para los monjes. En el siglo XIII iniciöse una corriente a favor del incremento del estudio; después de muchas controversias decidió el Capítulo General del año 1245 la fundación en cada región de un colegio, situado junto a algún centro principal de cultura. Los monjes de los diversos monasterios vivían en comunidad en su correspondiente colegio, asistiendo a las lecciones de las Universidades. Los cistercienses mallorquines tenían su propio centro de formación en Montpellier. Con esta innovación la abadía corría un peligro, que describe Ramón Lull, a saber, que los monjes formados en públicas Universidades serían los coeficientes principales de la relajación, pues con el bagaje de las ciencias traerían al monasterio formas mundanas y no poca vanagloria.

Para remediar tamaño mal indica el Beato que en cada monasterio se establezca un estudio general, donde cultiven todos los monjes, sin salir de la clausura, las ciencias eclesiásticas, lo cual favorecería en extremo la misma vida contemplativa y daría renombre y fama a la abadía<sup>50</sup>.

Por otra parte la rígida pobreza de la orden cisterciense, muro inexpugnable para su conservación, al ser parangonada con la de otros institutos religiosos plétóricos de vida, que había en la Iglesia de Dios, corría peligro fuera mitigada por fútiles pretextos. Por esto el autor de Blanquerna aconseja que el primer monje que así piense o proceda sea avisado y castigado severamente en pública sesión capitular<sup>51</sup>.

El culto intenso a la Mediadora de todas las gracias hubiera procurado muchas bendiciones al monasterio, y una moderada vida apostólica lo hubiera desarrollado y conservado.

Después de esta plena y verídica descripción de la abadía cisterciense podemos dar razón al mencionado lulista al decir que Blanquerna es un modelo de estamentos.

<sup>50</sup> *B.*, p. 189 ss; *Ist.*, p. 100-102.

<sup>51</sup> *B.*, p. 196-201; *Ist.*, p. 71 ss.

## II. EL BEATO RAMÓN LULL EN EL MONASTERIO DE STA. MARÍA DE LA REAL

El Doctor iluminado dibujó con tanto cariño la silueta del monasterio ideal de Sta. María de la Real, por haber sido éste el auténtico cenáculo de su apostulado<sup>52</sup>. Veámoslo.

La vida de nuestro ínclito Mártir se desenvuelve en tres épocas completamente distintas. En la primera, desde 1232 a 1263, aparece el mundano senescal de la corte clásicamente medieval de Jaime II. La segunda, que se extiende desde 1263 a 1277, empieza con la milagrosa conversión de Ramón y termina con su renuncia total y pública del mundo, nombrando a Ramón Goferrando curador de sus bienes, por no atender a la administración de sus heredades a causa de haberse «vuelto contemplativo»<sup>53</sup>. En la tercera época, que se cierra con el martirio en 1315, Ramón Lull como procurador de los infieles, recorre todas las naciones, predicando, componiendo libros e interesando las autoridades por su santo negocio, la conversión de los infieles.

Sin duda, la época principal es la segunda, pues durante la misma establece los fundamentos graníticos de su futura vida apostólica, «vela las armas de doncel preparándose para ser armado caballero e ir al combate el día siguiente»<sup>54</sup>, el aguilucho se convierte en águila caudal, que agitando sus entumecidas alas emprenderá raudos vuelos por todo el orbe en plan de conquista espiritual<sup>55</sup>.

Durante estos 14 años de preparacion a su gigantesca labor, Ramón Lull se ocupa en purificarse llorando sus extravíos, inflamarse en amor a Jesucristo y a su Madre Santísima, disponer el plan de conquista espiritual, preparar las armas de combate escribiendo libros y fundando colegios.

En esta época de preparación, que contiene el germen de los 38 años de su azarosa y apostólica vida, podemos apreciar distintas fases. En la primavera de 1263 se convierte, entre fuertes

<sup>52</sup> B., cfr. todo el sublime libro del *Ave-María*, p. 210-239.

<sup>53</sup> Cfr. el documento público en: PASCUAL, *Vindiciae lullianae*, tom. 1, p. 114-115, nota.

<sup>54</sup> Salvador GÁLMÉS, *Vida compendiosa del Beat Ramón Lull* (Palma, 1916) p. 46.

<sup>55</sup> F. SUREDA, op. cit., p. 197.

luchas interiores y exteriores se despoja del hombre viejo, y, encendiéndose en el amor a Cristo y a la Madre de Dios, forma sus gloriosos propósitos, ejes de toda su vida, culminando con la resolución del perfecto seguimiento de su Divino Modelo tomada en la fiesta de S. Francisco de Asís del mismo año. Seguidamente inicia la peregrinación por los santuarios más venerados, según usanza de los penitentes de la edad media. A su regreso, desde 1264 a 1273, se consagra al estudio de la gramática y otras ciencias necesarias para sus planes apostólicos. En los dos años sucesivos escribe sus obras principales, fundamentos de su ciencia misionera. En 1274 erige el primer colegio de formación de apóstoles en el ameno sitio de Miramar, en cuya dirección pasa dos años, hasta que en 1277 emprende sus viajes de misionero ecuménico.

El lugar donde el ardiente e inquieto Ramón perfiló su ánimo apostólico durante estos 14 años; el terreno donde se formó este germen de su futura gloriosa vida misionera es el monasterio cisterciense de Santa María de La Real<sup>66</sup>.

Para corroborar nuestras afirmaciones aduciremos testimonios sacados de las fuentes más autorizadas: primeramente del «Blanquerna», cuyo valor histórico ya conocemos; luego del «Libre de Contemplacio», en el cual vierte Ramón su corazón de pecador arrepentido; asimismo de la «Vida coetánea», documento de inestimable valor, pero cuyas frecuentes lagunas han dado pié a lamentables errores, y, por fin, de la tradición oral que nos han conservado eminentes lulistas en las vidas que escribieron sobre nuestro inclito mártir<sup>67</sup>.

Santa María, como Madre cariñosa, recibió desde su humilde

<sup>66</sup> Los biógrafos del beato tienen una marcada preferencia en considerar el monasterio de La Real como teatro de los acontecimientos de esta época luliana a pesar de no existir en todos los casos razones probatorias; así el P. Pascual en la *Vida del Beato Raymundo Lulio* (Palma, 1890) p. 79, 83, 102, 112, 122, 123, 153, 155, 166, 164-165, 202, 206, 211, 216, 220, 233-37; F. SUREDA, op. cit., p. 124, 127, 165, 169, 171, 175, 176, 187, 190, 191, 196 y 348. «Nulla ecclesia, nec monasterium tam illi (Ramón Lull) cordi fuit. quam haec de Regali domus tua; huic igitur Te in omnibus consulturis adventitabat... (PASCUAL, *Vindiciae lulianae*, tom. I, p. VI). Con satisfacción leemos en reciente artículo de E. W. Platzcek, ser el elemento cisterciense uno de los que influyeron en la formación del B. Ramón Lull «*Revista española de Teología*» 2 (1942) 197.

<sup>67</sup> Para el texto de la vida coetánea seguiremos el publicado por Francesch de B. MOLL, *Vida Coetania del Reverend Mestre Lull segons el manuscrit 16432 del British Museum* (Palma, 1938). F. SUREDA, op. cit., p. 864-867.

trono de la iglesia abacial de La Real las súplicas y lágrimas de Ramón, que acudía presuroso a sus pies para pedirle perdón de su anterior vida<sup>58</sup>.

En su «Blanquerna» el Doctor iluminado nos hace una minuciosa descripción de un pecador arrepentido, la cual tiene muchos puntos de contacto con la conversión del mismo Lull. Es un personaje distinguido que se retira a un monasterio cisterciense para hacer penitencia; lleva vida monacal, tomando parte en los maitines de media noche, en el rezo, canto, comida, reuniones capitulares, etc.; progresa rápidamente en la purificación de su alma, en la renuncia al mundo y en el amor a Cristo<sup>59</sup>.

Por otra parte, en el «Libre de Contemplacio», nos legó los coloquios tiernos y afectuosos con Dios, salidos de su alma ardiente, que todavía sentía las vehementes luchas entre las pasiones desordenadas y su corazón inflamado en amor a Dios<sup>60</sup>.

Aquellos monjes pertenecientes a una orden de María Santísima, formados en la escuela de S. Bernardo, el gran enamorado de la celestial Señora, con su trato y santas costumbres comunicaron a Ramón Lull aquel afecto tiernísimo y vehemente, de que rebosan todas sus obras, en particular el «Libre de Sancta María» y el de «L'Ave María»<sup>61</sup>.

Aquel gemido: «Monstra te esse Matrem», que en la devotísima procesión claustral, los cistercienses regalenses, dirigían todos los sábados a su celestial Abogada, fué una centella que prendió fuego en aquel corazón seco de todo amor mundano, moviéndole a acudir, con afecto de hijo y en demanda de socorro a su omnipotente Abogada, Sta. María de la Real, en todas sus apostólicas ansiedades<sup>62</sup>.

El afectuoso saludo: «Salve Patrona Cisterciensium», que dirigirá Ramón a la Virgen Santísima al entrar en el monasterio,

<sup>58</sup> F. SUREDA, op. cit. p. 124 y 127.

<sup>59</sup> En el cap. 52, p. 173 de B. se describe a Blanquerna y Narpán haciendo penitencia en un monasterio, que, como se ha dicho arriba, era sin duda cisterciense y verosíblemente el de la Real.

<sup>60</sup> F. SUREDA, op. cit., p. 124-127.

<sup>61</sup> Colección de las obras lulianas vol. X.

<sup>62</sup> Hic... ex Te (Sta. Maria) tamquam limpidi fonte bibebat satis... Equum est ergo... ut cum flumina unde exeunt revertantur, prodeat ex nobis Raymundi defensio «(PASCUAL, *Vindiciae...* tom. I, p. VIII. En R., IX (1901), p. 140 se describe tan simpática procesión sabatina.

según costumbre monacal, fué un humilde capullo que luego se convirtió en la policromada y perfumada rosa de sus obras marianas<sup>63</sup>.

Sobre este pétreo fundamento de su radical conversión el iluminado Doctor fijó las tres airoisísimas columnas, que, como en los monumentos góticos, sostendrán el atrevido edificio de su actividad misionera, a saber: escribir libros buenos y mejores, fundar colegios para formar apóstoles y verter la sangre por Cristo. Sobre estas elegantísimas columnas colocó los simbólicos e historiados capiteles que nos recuerdan aquel suceso, que nos refiere la vida coetánea: en la iglesia abacial de nuestra Señora de La Real pidió humildemente a Jesucristo y a su bondadosa Madre aprobaran sus fantásticos y heroicos planes, y la celestial Señora en señal de su pleno asentimiento le dió a besar el pie de su hijo bendito<sup>64</sup>.

Una de las preocupaciones más vivas del iluminado Doctor al regresar de su peregrinación de penitencia, fué, según testimonio de la Vida coetánea, «aprender gramática y otras ciencias, mediante las cuales y con la ayuda de Dios dar cima a sus propósitos<sup>65</sup>».

En este momento luliano la abadía de La Real ocupa su puesto de honor.

Su monasterio se había sumado por aquellos años a las corrientes de transformación de los estudios de la orden cisterciense. Varios monjes formados en el colegio de Montpellier, de reciente fundación, dirigían probabilísimamente con entusiasmo la humilde

<sup>63</sup> Así reza la leyenda colocada a los pies de la imagen de Santa María de La Real que preside el ingreso principal del monasterio. El P. Pascual afirma que acudía «crebro» a la Patrona de la Abadía para sus apuros apostólicos (*Vindiciae...*, p. VII).

<sup>64</sup> La Iglesia anónima a que se refiere la Vida coetánea al tratar de la aprobación de los planes lulianos (p. 11) es sin duda la de la abadía de La Real, según testimonio del P. Pascual, el cual arguye del uso de las mismas palabras al describir la visita a dicho templo y al de La Real por el negocio del moro: «ascendit», «descendit», «rediiit» a una iglesia: «quae prope erat» (Cfr. SOLLIER, *Vida ab Anonymo scripta...*, p. 30 y 31).

«Siendo presumible que... encomendó sus planes a la Virgen Santísima, patrona de aquel monasterio. Esta le hizo después el favor de darle a besar el pie de su Hijo Santísimo para confortarlo en su propósito, previniéndole que en la obra que había concebido hacer escribiera las virtudes de la Madre de su Amado» (PASCUAL, *Vida del Beato*, p. 83).

<sup>65</sup> *Vida coetánea*, p. 13.

escuela regalense, enseñando gramática y las cuatro ciencias generales, teología, filosofía, medicina y derecho. Esta innovación ponía en peligro la severidad cisterciense, pues, los monjes, con los vastos y profundos conocimientos científicos, traían de Montpellier formas mundanas y vanagloria por sus adelantos intelectuales<sup>66</sup>.

Esta monacal escuela vióse honrada probabilísimamente por nuestro beato Ramón, que sintió siempre una ansia de saber indefinida y nos dejó en su «Blanquerna» vivas descripciones de tal escuela con admirables precisiones históricas<sup>67</sup>.

Para el estudio de la lengua árabe no podía la hospitalaria abadía ofrecerle dirección científica, pero sí dirección espiritual sacándole Santa María de La Real de los trances apurados en que le colocara la conducta de su esclavo, el cual de maestro de árabe de Ramón Lull se había convertido en su enemigo mortal; tres días de oración pasó en el cenobio regalense el ilustre Doctor, y al llegar a su casa encontró la solución a sus angustiosas dudas, el moro se había ahorcado<sup>68</sup>.

Y ahora la prez y la reputación luliana para el «Scriptorium» de La Real. Leemos en la vida coetánea:

<sup>66</sup> Los pilares históricos de este acontecimiento luliano son: Montpellier cae el año 1204 en poder de los reyes de Aragón, los cuales desde el principio organizan las escuelas de Derecho y Medicina, existiendo ya la de Medicina, como privilegiada por Guillermo VIII, Señor de Montpellier desde 1181; en 1292 fueron elevadas ambas escuelas al rango de Universidad (SUREDA, op. cit., p. 192 y 216).

Los capítulos generales cistercienses desde 1184 prescriben en cada monasterio una escuela para formar monjes (*Ist.*, p. 100 y ss.); desde los años 1245 a 1292 establecen colegios para sus religiosos junto a los centros de cultura eclesiástica, señalando la ciudad de Montpellier para los monjes franceses y españoles vecinos.

El papa cisterciense Benedicto XIII, en 1335, confirmó y desarrolló las ordenaciones capitulares (*Ist.*, p. 100 ss; *Cistercienses* en *Enciclopedia Espasa*, vol. XIII, p. 492 ss.; *Montpellier* en *idem*, vol. 86, p. 788).

El B. Ramón Lull en su libro *Blanquerna* compuesto el 1285 habla de dos monjes probabilísimamente cistercienses que estudiaban Derecho y Medicina en Montpellier en una casa alquilada y presenta el acontecimiento como nuevo en la orden, de tal manera que los monjes de edad y que gobernaban el monasterio no se habían formado en un ambiente de tan intensa cultura.

<sup>67</sup> Existiendo en La Real una escuela de formación para los monjes, quizá con maestros de la Universidad de Montpellier, deseando vivamente Ramón estudiar en Mallorca por consejo de S. Ramón de Penyafort «gramatica e altres ciencias» (*Vida coetán.*, p. 18), y teniendo sus preferencias y predilecciones por la soledad de La Real, podemos concluir con la tradición lo que defendemos en el texto (cfr. PASCUAL, *Vida del Beato Raymundo...* p. 206; *Vindiciae...* p. VIII); «*Hic tandem universa scienciarum semina iccit Raymundus...*»

<sup>68</sup> *Vida coet.*, p. 12.

El Reverendo maestro Ramón, recibida en el monte de Randa la ilustración con que Dios le comunicara el orden y modo de componer libros contra los errores de los infieles, incontinenti baja del monte santo y trayendo en su mente ilustrada, como en riquísimo estuche, el preciado tesoro de la ciencia luliana, se dirige a su caro monasterio de La Real, para poder, entre los monjes amigos, ordenar «pus apertament», con más facilidad, las obras que tanto ansiaba<sup>69</sup>.

Se traslada al «Scriptorium» del monasterio y de su privilegiada inteligencia saca las primicias de su admirable sistema, y, ¡qué primicias!: el «Ars magna», resumen de todas sus futuras obras filosóficas, polémicas y místicas; vulgarización maravillosa de la ciencia divina; admirable y genial producción, en la que intervienen tres elementos de aquella privilegiada naturaleza: su inquieto y ardoroso corazón, volcán de amor a Cristo y a sus redimidos; su vasta y profunda ciencia; su vigorosa y... tropical imaginación. El monje va transcribiendo en el pergamino las sublimes ideas de Ramón y de vez en cuando ilustra las páginas con ingeniosas figuras geométricas, pues se dirigía a los árabes, amantes de las formas cabalísticas. Al terminar, Lull toma ávidamente el códice en sus manos y contemplándolo, dice: «libre molt bell»<sup>70</sup>.

En estos meses otras dos obras salieron de su fecunda inteligencia que al par que el «Ars magna», trasladarían sobre los amarillentos folios los monjes amanuenses de La Real, a saber: El «Libre del Gentil y del tres Savis» verdadera «Summa contra

<sup>69</sup> Los fundamentos de nuestros asertos son los siguientes: En cada monasterio cisterciense florecía un «Scriptorium», en el cual se ocupaban muchos monjes (*Ist.*, p. 96). El iluminado Doctor bajó de Randa y se dirigió prontamente a La Real para «pus apertament» (con más facilidad) «ordenâ» (redactar y escribir) el arte general, y, con la ayuda de éstos, muchos otros libros. Subió luego al monte de Randa, donde le apareció un pastor, el cual besó y alabó «los dits libres, que lo dit Reverent Mestre havia ordenat». Para armonizar los aducidos textos de la Vida coetánea (p. 15-16) proponemos además de la anterior solución la siguiente: El viaje de Ramón a Randa y la Real antes de la aparición del pastor lo repitió varias veces, a fin de que pudieran ser varios los libros que éste le aprobara. El Beato Ramón en otro Scriptorium cisterciense de Pisa terminó varios libros (*TARRÉ, Códices lulianos de la Biblioteca nacional de París* «Anal. sacra. Tarrac.» 14 (1942) 162); SUREDA, op. cit., p. 190; PASCUAL, *Vida...* p. 128; *Vindiciae...* I, p. VIII; además del Arte general y la compendiosa arte de encontrar la verdad, «Aliosque plures hic (La Real) feliciter complevit et edidit».

<sup>70</sup> *Vida coet.*, p. 15-16.

Gentes» y el imponderable «Libre de contemplacio en Deu» en cuyas 365 meditaciones resume el ínclito Doctor toda su mística; obra juzgada por Menéndez y Pelayo como «enorme enciclopedia ascética»<sup>71</sup>.

Ramón con sus preciados códices subió gozoso a su Sinaí, al monte de Randa; y ¡cuál no fué su alegría al recibir la visita del misterioso pastor, el cual después de haber besado sus libros y regádolos con lágrimas, afirmó que de los mismos se seguiría mucho bien a la Iglesia de Cristo!

En estos dos años, usando palabras de la vida coetánea, compuso a base del «ars magna» muchos libros, explicando en los mismos principios generales y especiales, según la capacidad de los simples y según la experiencia le enseñaba. Los títulos de estas producciones lulianas recuerdan las cuatro ciencias que, según testimonio del ínclito Doctor en su Blanquerna, se enseñaban en las escuelas de La Real, lo cual nos hace entrar en sospecha si tenían alguna relación con las cuatro ciencias que allí se enseñaban. Así rezan los mencionados títulos:

«Libre de les demostracions»,  
 «Lectura de l'Art General»,  
 «Libri principiorum Theologiae, Philosophiae, Iuris et Medicinae»,  
 «Libre dels articles, dels angels, del chaos»,  
 «Liber de Spiritu Sancto»<sup>72</sup>.

Sin duda, los monjes de La Real serían los primeros en probar el dulce néctar del panal del «Libre de contemplacio» y fué tal el entusiasmo que despertó en el convento que el rey de Mallorca, Jaime II, vino en conocimiento desde Montpellier de las obras de su antiguo senescal, ya por medio del abad de La Real, cuyos cargos en la casa real le franqueaban el ingreso en la misma, ya por medio de algunos de los monjes regalenses que asistían a las lecciones del Estudio General de Montpellier<sup>73</sup>. Presenten-

<sup>71-72</sup> *Vida coet.*, p. 15-16; SUREDA, op. cit., p. 179; PASCUAL, *Vida...* p. 128, 233-237.

<sup>73</sup> Confirman nuestra hipótesis los hechos siguientes: Jaime II, como su padre, era un ferviente admirador de los cistercienses; pues además de considerar en sus *Leges Palatinae* al abad de La Real como Consejero real, confió a dos monjes de la misma abadía el cargo de administrador de su palacio y limosnero regio; el «Libre de Contemplacio» fué escrito o al menos ideado en La Real (así el P. Pascual), y por consiguiente conocido por los monjes; un grupo de religiosos cistercienses regalenses se formaban en la Universidad de Montpellier. Es muy legítima una trabazón entre todos estos hechos que nos conduzcan a la conclusión que insinuamos.



tados por orden del rey los libros de Ramón Lull, particularmente el de «Contemplacio», al examen de un fraile menor merecieron un juicio muy favorable<sup>74</sup>.

Dentro de los muros del monasterio de La Real empezó nuestro beato a realizar el plan, que allí mismo concibiera, de componer libros, unos buenos y otros mejores.

Otro punto de su apostólico programa era el de la fundación de colegios para formar en letras a los misioneros de las tierras de infieles. ¡Cuántas veces este sublime ideal sería el objeto de las conversaciones con los ejemplares monjes de su amada abadía de La Real! Sin duda les comunicó su ardor y entusiasmo.

La fervorosa comunidad cisterciense no pudo ofrecerles sus trece monjes, que eran precisos para dar comienzo al suspirado monasterio de misiones, pues era contra el espíritu, costumbres y resoluciones de los Capítulos de su orden, principalmente el del año 1299; pero sí le preocuparon uno de los lugares más pintorescos y más cómodos de su alquería de Deyá, con su viña y fenollar, fuente deliciosa y panorama maravilloso, apto para emprender el vuelo de águila hacia las lejanas tierras de infieles<sup>75</sup>.

Jaime II recibió bajo su real y magnánima protección aquella obra nacida en el ardiente corazón del intrépido y audaz Ramón Lull, dotando el colegio de 500 florines anuales y compensando a los generosos monjes con la alquería llamada Matona.

Por motivos que ignoramos la ciudad de los ensueños lulianos, el colegio de Miramar, dejó de existir y Jaime II en el año 1300 lo volvió a entregar a sus antiguos poseedores para que conservaran aquel monumento luliano y celebraran cada día el santo sacrificio por la familia real<sup>76</sup>.

El monasterio de Santa María de La Real fué en la transcendental época de preparación de nuestro apóstol un fecundo cenáculo, donde se encendió en amor a Cristo y a su Madre Santísima, y en vivísimos deseos de verter la sangre por su defensa; donde escribió los mejores libros de su prolífica vida; donde fundó su primer colegio de misiones. Al fin de su larga y azarosa existencia quiso dar una muestra de amor, gratitud y reconocimiento a su amada abadía regalense. Leemos en su testamento público: «Lego

<sup>74</sup> *Vida coet.*, p. 16.

<sup>75-76</sup> Cfr. P. PASCUAL, *Vida...* p. 211-237; SUREDA, *op. cit.*, p. 196.

al monasterio de La Real un cofre mío con los libros que contiene, que tengo depositado en la posada de Pedro de Santmenat»<sup>77</sup>.

La abadía de La Real agradecida recibió y cuidadosa conservó esta simbólica arca de la doctrina luliana; defendió con tesón este apreciado tesoro, no permitiendo que malévolos enemigos del Beato alteraran la pureza del sistema luliano. Las famosas «Vindiciae lulianae» del Maestro Pascual, abad de La Real, son la mágica llave que abre los tesoros de la ciencia del Doctor iluminado, contenidos en el místico cofre que legara al convento cisterciense.

GABRIEL SÈGUI VIDAL, M. SS. CC.

<sup>77</sup> Cfr.: El texto latino del documento público, en J. AVINYÓ, *El Terciari Franciscà Beat Ramon Lull...* (Igalada, 1912) p. 520-525.